

del festín relumbraban los platos argénteos y los vasos áureos destinados á servir para el convite sacro y para las santas libaciones.

Nada en aquel momento se descubría que pudiese presagiar la terrible catástrofe. Consultadas las víctimas, y conocidos los secretos de sus entrañas, no daban indicio alguno funesto. Las tórtolas se arrullaban como de ordinario y las cornejas vivían pareadas. Las hieles vertidas sobre las aras de Juno parecían propicias y no daban señal de cólera celeste. Habíase traído agua de la fuente Calirroe, á pesar de hallarse tan lejos del corintio istmo. Los parainfos habíanse adornado de púrpura y aromándose con esencias de flores consagradas á Venus. Por su propia mano había cogido la novia el sésamo y adormidera nupciales. No faltaban ni siquiera los espárragos selváticos. El esposo llevaba los laureles merecidos por sus heroicidades y llevaba su hiedra la esposa, la hiedra, símbolo de la sumisión debida por las mujeres á quien las mantiene y defiende. A todos estos útiles verdaderamente litúrgicos de las antiguas bodas uníanse las cestas de mimbrés; las cribas para cerner el grano; las guirnaldas de zarza, rosa y encina; los panes amasados con agua nupcial; las granadas y los membrillos que deben morder los novios al hallarse solos; el jacinto que huele á epitalamio; los lotos que han de colgarse á los

plátanos; las canciones que han de suavemente decirse como una melodía de amor en aquella sin igual ceremonia. Pero mientras todo este idilio va desarrollándose, Medea sabe, no solamente que la separan de su infiel marido teniéndola por una vil concubina y no por una legítima mujer, sino que también la separan de sus idolatrados hijos y la destierran de Corinto, á ella, que no puede tener asilo ya en el mundo, por los crímenes cometidos para seguir á Jasón. Éste, su amado, el único á quien debía parecerle su Medea, no ya inocente, sino virtuosa, pues todos los crímenes de ella se habían trocado en beneficios para él ¡ay! la condena impío y le devuelve por premio recíproco á sus servicios la deshonra y la viudez, algo más terrible que la muerte.

A este pensamiento, los cabellos de Medea se levantan erizados á una sobre su cabeza en guisa de serpientes; los ojos mortecinos fulminan, en siniestros relampagueos, rayos de odio asolador; roncán furiosa con estampidos de trueno sus narices; resuella como el Etna en erupción su pecho desesperado, y extendiendo los brazos al sitio infernal donde la Hécate nocturna teje su velo de sombras, jura cometer un crimen por tal manera enorme que resulten pálidos en su comparación y en su presencia todos aquellos con que ha oscu-

recido su nombre por siglos de siglos y ha manchado cielos y tierra.

Una vez resuelta por todo esto, dirígese al formidable sitio donde celebra sus encantos y tiene sus hechicerías. Al ver tantas materias de muerte y asolamiento aglomeradas en su mano, siéntese, á pesar de su natural rencoroso y vengativo, sacudida por un escalofrío de terror. Sus dos manos, semejantes á dos arañas venenosas, agárranse crispadas á los altares terribles de los maleficios sortilégicos. Sus labios escupen á una hieles amargas y fórmulas malditas. A estas evocaciones los monstruos se levantan, silbando entre sus piés reptiles con los áspides asestados á un enemigo invisible, y graznando sobre sus cabezas aves rapaces y nocturnas que afilan sus uñas y sus picos aperciéndolos á la matanza. Aquí se levanta un dragón, allí una hidra, los cuales aterrarían á las víboras de Libia. Las hierbas venenosas que crecen sobre las alturas del Cáucaso regadas con sangre de Prometeo; los jugos en que los parthos ligeros emponzoñan sus flechas malditas; las raíces arrancadas al Pangeo, que dan la muerte; las hojas que las uñas mágicas han adobado; los corazones de buhos tan exterminadores; todos los elementos de la terrible nigromancia, todos, los reúne para perpetrar un crimen, el cual asombre al infierno mismo por no creer

capaz á la mente y á la voluntad humanas de tanto mal. En efecto, saca de allí una corona de oro ornada con piedras preciosas y una vestidura de novia sembrada con estrellas argénteas como jamás vieran, no ya iguales, ni aun parecidas, los griegos. A sus conjuros Hécate se ha levantado y ha embestado en aquellos objetos un licor invisible tal, que quien ose ponérselos en su cuerpo, se abrasará vivo, y expídelos, realizado el infame maleficio, á la fiesta nupcial como regalo de boda.

Creusa, que jamás viera objetos de suyo tan hermosos, los recibe como el más rico presente y se los pone para el acto más religioso de su vida. ¡Cómo deslumbrará en semejante fiesta nupcial á las vírgenes de Corinto, cuando la vean coronada con aquella diadema simpar y ceñida de trajes orientales tan superiores en riqueza y en esplendor á los sencillos trajes de Grecia! Ignoraba la infeliz, en su candor y en su inexperiencia, que la rozagante sedería de los sátrapas y de los déspotas, las bordaduras multicolores sobre fondos áureos, las estrellas de plata y oro esparcidas en los repliegues de un manto asiático, las diademas de pedrería, los arreos del Oriente, no cuadran á la virgen griega vestida de lino, coronada de flores, que lleva por todo adorno festones de hiedra y que tiene, como las corolas y como los cálices

en la campiña, por toda pedrería, los matinales rocíos. ¿Cómo no presiente los sutiles venenos en que aquellas sedas se han teñido? ¿Cómo no prevé que la representante del despotismo y de la magia debe guardar todas sus ponzoñas para herir á la representante del pueblo y de la ciencia? Corónase la infeliz con aquella diadema nefasta, cíñese á su cuerpo aquellos trajes mojados en materias invisibles, pero inflamables, y, mirándose al espejo, créase un minuto en contemplar su hermosura, realizada por tanta copia de increíbles riquezas. La procesión comienza, las cítaras suenan, los epitalamios suben al cielo en cadencias armoniosas, las flores nupciales huelen, el esposo la espera, el padre la tiende la mano para conducirla satisfecho al ara nupcial, cuando la diadema se enrojece como si estuviera recién forjada en una fragua infernal y las prendas todas de aquel su vestido de boda enciéndense y arden á guisa de una hoguera voraz. La infeliz corre de aquí allá con sacudimientos epilépticos prestados por el dolor, con gestos y contorsiones terribles, dando gritos agudos que partirían de compasión las piedras y pidiendo por piedad una pronta muerte, único lenitivo á su terrible aflicción. Y en estas carreras de triste desesperación, el fuego se comunica y prende al rey, que abraza desalado á su hija, y á los cortesanos que les acom-

pañan, y al palacio mismo, devorado por aquel incendio. Pero Medea no está contenta, no, con tantos desastres. En uno de los coloquios á última hora tenidos con Jasón advierte cómo éste sólo ama en el mundo á los dos hijos habidos en Medea, por los cuales, por su prosperidad, por su fortuna, por su grandeza, comete la traición de abandonarla tristemente á ella é inferirle de grado en aquel divorcio, con el mayor de los dolores, la mayor de las afrentas. Olvídase, pues, de que aquellos preciosos niños fueran suyos; acuérdase sólo de que los había engendrado Jasón en sus entrañas, y como si nada de ella tuvieran ambos, los trucidó impía y arroja los restos aun calientes á los piés del ingrato, para satisfacer así, por tan bárbara manera, el furor de su venganza. Tal ha sido, tal, en la tradición griega, el genio mágico de Medea.

Esta figura, trágica esencialmente, no podía menos que pasar al teatro antiguo. Dos grandes tragedias nos ha dejado el mundo clásico: una escrita por Eurípides, otra escrita por Séneca. Ya hemos dicho los caracteres generales que resaltan en la fantasía del gran trágico ateniense. Veamos ahora cómo presenta en escena tan terrible historia. La nodriza que ha lactado los hijos de Medea está sola en la puerta del palacio de Creonte, lamentando la ingratitud negra cometida por Jasón y el

triste abandono de su ama y señora. En Eurípides, como ya hemos dicho, predomina el genio de la elocuencia y de la política sobre el genio de la tragedia. Por tal razón abundan las arengas y las consideraciones morales. Por ejemplo, el ayo de los hijos de Jasón recuerda las obligaciones de los siervos para con sus dueños; el coro diserta sobre los dioses testigos del juramento y sobre la eficacia de tal promesa litúrgica; Medea misma discurre tranquila en el minuto supremo de conocer su desgracia sobre los deberes de la hospitalidad, sobre la natural autoridad y poderío de los maridos, sobre los medios de conservar el recíproco amor en la vida matrimonial, sobre los inconvenientes del repudio y sobre los privilegios del esposo que puede repudiar á la esposa, mientras ésta no puede repudiarlo á él, observaciones todas más propias de un magistrado que de un poeta. Luégo, cuando aparece Creonte, promovedor del matrimonio, entre Jasón y Creusa, venido á la escena para notificar á Medea su destierro, ésta remacha sus disertaciones y sus enseñanzas. El diálogo de la maga y el rey se parece mucho al diálogo de Hamlet con los cómicos, pero carece de su dramática oportunidad. Medea discurre como pudiera un personaje del jardín de Academo en los diálogos de Platón sobre los inconvenientes de saber demasiada filosofía. A

esto, á la envidia que le tienen por su ciencia, imputa Medea sus desgracias, y no al desamor de Jasón. El rey responde á disertaciones con disertaciones y declama sobre las diferencias entre un monarca y un tirano, con ocasión del destierro infligido á Medea y del plazo de veinticuatro horas dado á los ruegos de ésta para preparar su viaje. En cuanto Medea sabe que ha obtenido la prórroga de su partida, pónese á maquinare venganzas, y, al maquinarlas, ocurresele una reflexión, como la de que las mujeres son por su naturaleza incapaces de todo bien y artífices de todo mal.

No diserta menos Jasón que Medea. Al saber las resistencias de ésta, corre á persuadirla con empeño al viaje y le propina discurso tras discurso, llenos de observaciones acerca de la rabia moral, de la gloria monárquica, del peligro que se corre injuriando á los reyes y de la misericordia de todos estos, los cuales, pudiendo condenarla con seguridad á muerte, se contentan con infligirle, piadosos, un benéfico destierro. Las reconvenciones de Medea pierden ya el carácter de plática, y, aunque largas, responden todas ellas á la indignación propia de una mujer abandonada. Pero Jasón vuelve á las suyas en su respuesta, y se defiende con frialdad, como pudiera defender el abogado de oficio á un cliente condenado y el sofista de profesión un so-

fisma evidentísimo. Medea vuelve á caer durante la segunda parte de tamaña escena en disertaciones y generalidades acerca de un tema tan sutil y apropiado á distingos y á dialécticas como el precio debido á un bien hablar manifiesto. Jasón, al ver cómo se agarra la divorciada, en su furor, al tálamo, cual el náufrago á la tabla, duelese de la triste condición del hombre, necesitado del auxilio de la mujer para procrear su prole, y pide al cielo invente otros medios que los ayuntamientos entre los sexos para la generación del individuo y la perpetuidad de la especie. A tales dementísimas especies contesta Medea con unas cuantas vulgaridades sobre la jactancia del bien hablar en su esposo. Y esta gran escena, tan esencialmente dramática de suyo, concluye con un diálogo político sobre los muchos riesgos que corre quien habla mal de los reyes.

El coro pone siempre sus inspiradas estrofas en los intermedios que compendian una situación trágica ya pasada y aperciben otra situación trágica inmediata. Uno de sus himnos, compuesto de lo que llamaban entonces estrofas y antiestrofas, asemejase á concertada sinfonía, que abre con sus cadencias el arribo de un rey como Egeo. Falto de hijos éste, va consultando y oyendo los diversos oráculos griegos en requerimiento de un talismán

para obtenerlos. Nada, pues, tan propicio para él y congruente con el fin de sus peregrinaciones como sacar á los sortilegios de Medea un medio natural ó sobrenatural de allegarse hijos y transmitirles el trono. Prométele Medea larga descendencia si oye sus advertencias, y le pide como precio á éstas asilo en Atenas. Decrétaelo Egeo, y lo promete por juramento litúrgico, si bien bajo una condición, que Medea saldrá por sí, por su propio pie, del reino de Corinto, y no por esfuerzo de quien le ha ofrecido la deseada hospitalidad en sus dominios. Desde tal punto, segura ya la maga del asilo nuevo con que cuenta, pónese á maniobrar su venganza, y para mejor obtenerla emplea con arte consumado la simulación y la mentira. Seguidamente, la escena entre Jasón, Medea y sus hijos, en que promete la hechicera irse de grado si Jasón cuida solícito de aquellos dos niños que componen su prole, resulta una escena de primer orden. Industriado ya el público por los cánticos del coro y por los monólogos de Medea en los propósitos de ésta, que ha jurado furiosa despedazar el cuerpo de sus hijos, despedazando con ellos el corazón de su amante, ¡ah! surgen á una con la mayor naturalidad y por procedimientos lógicos, muy propios del genio, el interés y el terror trágico. Jasón ha demostrado á Medea, como incentivo capital, determinante de su nuevo

matrimonio, el amor á sus hijos, deseoso de granjearles grandes principados sobre la tierra y pingüe participación en los privilegios de una dinastía. Medea, penetradísima de que hiriendo al traidor en aquellas prendas caras de su alma le abre la mayor de las heridas y le condena con perdurable condenación al mayor de los torcedores y de los tormentos, resuelve la inmolación y muerte de los pequeñuelos á la hora misma en que los presenta con gozo á las caricias de su padre y les recuerda todos los deberes prestables á quien les diera el sér, deberes aumentados por la separación y apartamiento próximo de ella, su madre. Pocas escenas tan profundamente trágicas en el teatro universal.

Al irse Jasón para su boda, Medea le anuncia cómo ha decidido congradarse con la novia de su esposo, enviándole, por medio de sus hijos, los célebres presentes. Aunque Jasón observa el número de diademas y de trajes guardados por una princesa de Corinto en el palacio de sus reyes, Medea responde con esta observación bien utilitaria: «en el Olimpo mismo los dioses agradecen un regalo.» Para cohonestarlo, presentábalo como un medio de granjear á sus hijos la saludable adopción de Creusa, y no había razón para rehusar ofrendas movidas por este justísimo impulso. La mayor escena, la más trágica de todas cuantas componen esta ma-

ravillosa tragedia, es la que sigue á este supremo adiós de Jasón. Medea sabe cómo el cuitado corre, sin saberlo él, á su eterna desdicha, y llora. Luego se vuelve á sus hijos y se queda como pasmada y fuera de sí al contemplar la suerte que sus propias manos les depara. Aquellas palabras respecto á los dolores materiales que le había costado parirlos y de los dolores morales que le había costado educarlos; aquellas evocaciones de las esperanzas sugeridas tantas veces al corazón maternal y de los consuelos prestados con sus besos y con sus sonrisas; aquella contemplación de sus sonrosadas carnes, que su sangre anima y que de sus propias fibras están hechas; aquella incertidumbre trágica entre su pasión de madre y sus celos de mujer, por tal modo se manifiestan y expresan, que permanecerán perpetuamente como un modelo acabado y perfecto de monólogo trágico en la literatura universal. Apenas concluye la escena, un mensajero llega desalado y refiere con acentos vivísimos la catástrofe horrorosa y el espantoso incendio en que murieron, abrasadas las carnes, calcinados los huesos, consumida la sangre, Creonte y Creusa.

El coro plañe la muerte de los reyes corintios; pero Medea no está vengada todavía. Los dos niños han vuelto, después de haber presentado las galas y oído su adopción por una segunda madre.

Castigada ésta, cuyo pecado no puede compararse con el crimen de su esposo, piensa Medea, en su furia, castigar inmediatamente al primer culpado, y dirígese para satisfacer este deseo y cumplir este propósito hacia el aposento donde han entrado sus hijos. Resístense los piés á conducirla y la mano á obedecerla; pero ella, como si fuera una su voluntad y otros sus miembros, reconviene á éstos, y aun les amenaza por su natural rebeldía. El coro mismo quiere detenerla; pero Medea entra. Desde fuera se oyen los lloros de los niños, sus carreras para evitar la muerte, los resuellos de la furia y el despedazamiento de los cuerpos. Y en esto Jasón entra desolado en busca de sus pequeñuelos para precaverlos á las venganzas que los corintios querían por fuerza incontrastable saciar en ellos á causa de su madre. La inmolación de Medea por el puñal de Jasón parécetele á éste la mayor de las satisfacciones prestadas al pueblo en cólera. Pero, al llegar, el coro le dice la matanza que acaba de perpetrarse. Horrorízase tan desdichado padre, y corre con celeridad á derribar la puerta, tras la que sucede aquella terrible tragedia. Pero Medea, como buena maga, se ha metamorfoseado, á guisa de divinidad extraña, en tonante carro parecido á eléctrica nube, del cual tiran dos dragones monstruosos, y en el cual van

á sus piés los dos cadáveres de sus hijos recién muertos y despedazados. Entonces Jasón maldice á la que fué su mujer, y se maldice á sí mismo, por haber traído aquel elemento asiático y bárbaro á la joven y libre Grecia. La escena subsiguiente á ésta, en que los dos esposos hablan de la sepultura prestable á sus hijos, concordará mucho con las costumbres griegas y con los cultos aquellos al despojo y recuerdo de los difuntos, mas á nuestro gusto parece artificiosa y fría, llena, como se halla, sobre todo, de reflexiones y de sentencias que pueden ocurrírsele á un trágico y á un historiador en el momento de resucitar sus personajes, mas no á estos personajes mismos cuando llegan al estremecimiento violentísimo de una pasión y al período álgido de un dolor sin límites. Tal es la Medea del gran Eurípides.

La tragedia de Séneca no tiene la importancia que acabamos de reconocer en la tragedia de Eurípides. El trabajo de nuestro gran poeta cordobés hállase fundado sobre el trabajo de su gran predecesor ateniense. Obra de segunda mano esta última, resulta obra de cuarta mano la obra de Séneca por precederle tres autores sabidos: uno romano, dos griegos. En la creación latina del trágico nuestro obsérvase primero la exageración propia de toda decadencia, después la hipérbole natural á las

imaginaciones andaluzas, en tercer término cierto sabor muy pronunciado á filosofía estoica, y, por fin, el carácter jurídico de toda la cultura latina. Si las escenas del trágico griego nos han parecido verdaderos diálogos científicos, las escenas del trágico hispanolatino han de parecernos por fuerza litigios judiciales en algunos momentos. Dos factores hay en toda tragedia clásica, de los cuales usa, y aun abusó mucho Séneca: el coro y el monólogo. En uno y otro muestra una poesía por tal modo exagerada y discordante de la sencillez antigua, que creemos leer una composición de Góngora ó Herrera. Los recuerdos históricos, las imágenes retóricas, las imprecaciones múltiples, llenan todo el primer acto, reducido á un monólogo de Medea y á un himno del coro. Larga relación de Medea y un diálogo con la nodriza de sus hijos abre la segunda parte ó acto segundo de la tragedia. Séneca se goza en descripciones geográficas y en recuerdos históricos, verdaderas rémoras del movimiento y acción. Seguidamente llega el rey de Corinto á notificar el destierro, y empéñanse las contestaciones de un proceso entre los dos personajes. Medea interroga y conmina; Creonte pone considerandos de juez á sus decretos de tirano; la infeliz acusada intenta observaciones diversas acerca de las varias instancias en sus procesos y del número y justifi-

cación de sus sentencias. Creeríais asistir á un tribunal y no á un teatro. Las largas relaciones de Medea resultan consumadas defensas jurídicas, y las de Creonte resultan, á su vez, acusaciones fiscales. Entáblase una polémica sobre los tribunales competentes, sobre las reclamaciones tardías, sobre las sentencias justas é injustas. La política se mezcla con la jurisprudencia, el filósofo estoico se queja de la moral reinante y el republicano convencido maldice al feroz y tiránico imperio. «Los imperios inicuos no pueden durar,» dice Medea. «Los súbditos no tienen derecho á calificar las órdenes de los reyes; justas ó injustas, deben obedecerlas,» dice Creonte. «Si eres tirano, exclama Medea, manda; si eres juez, oye.» Los tribunales y el Senado pasan á vuestros ojos. La tribuna de los Rostros, caída en el foro, se levanta en el teatro.

Al acto tercero vienen las entrevistas de Medea y Jasón. ¡Qué diferencia entre los sencillos diálogos griegos, á pesar de su carácter disertado, y estos largos y pesadísimos discursos, que llenan todo el tercer acto, y en los cuales se conmemoran las cimas del Pindo, la Osa mayor del cielo, los escollos de Caribdis, las erupciones del Etna, los campos de Tesalia, las riberas del Faso, las tristezas del Eusino, el vellón de Phixo y las irrupciones del escita. Después de tal disertar entra un diálogo de